**SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO (A)**
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**
**18 de junio de 2017**
**Dt 8, 2-3.14-16; 1Cor 10, 16-17; Jn 6, 51-58**

Una comida. Una comida en el desierto, puso fin al *hambre* que había pasado el pueblo de la antigua alianza en su camino por tierra seca, como hemos escuchado en la primera lectura. En su solicitud, hermanos y hermanas, Dios les había concedido el *maná,* que les serviría de alimento hasta la entrada de la tierra prometida. La tradición de Israel lo consideró siempre como un alimento bajado del cielo. Y la tradición cristiana, como una anticipación del alimento eucarístico. El período de hambre en el desierto, sin embargo, entraba también en la pedagogía divina. Invitaba el pueblo a ponerse confiadamente en manos del Dios que es amor entrañable. Y al mismo tiempo le enseñaba que *el hombre no vive sólo de pan sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*. Es decir, le enseñaba que había que acoger esta *palabra* y ponerla en práctica para vivir en plenitud. Dios quería ver qué sentimientos había en el corazón de los miembros de su pueblo. Esta enseñanza nos muestra que, en medio de las dificultades, en medio de la incertidumbre, en medio de la aridez de los desiertos de nuestra vida, cuando no se ve el término hacia dónde vamos, hay que confiar en la Palabra de Dios y creer que Dios mostrará su solicitud.

Una comida. Una comida, pero no en el desierto, sino *en un lugar donde había mucha hierba*, cerca del lago de Galilea (cf. Jn 6, 10), puso fin al hambre que tenía la multitud que seguía a Jesús. También a ellos se les hacía presente la solicitud divina, porque el alimento que él les daba, como en el caso del *maná* en el desierto, tenía de modo semejante un origen divino. Jesús los había nutridos con los *panes* y los *peces* multiplicados (cf. Jn 6, 5-13). Era un signo profético para hacerles entender que él es el verdadero *maná,* el verdadero alimento, *el pan vivo bajado del cielo* (cf. Jn 6, 32-33). Para hacerles entender que él mismo es alimento portador de *vida* con la palabra que sale de su boca y con el pan y el vino de la Eucaristía. Y a continuación les dice las palabras que hemos escuchado en el evangelio. Unas palabras cargadas de realismo para expresar la intensidad del alimento que nos da. De comer el *pan* que es él, pasa a hablar de *comer* su *carne* y *beber* su *sangre*. Y decir, en contraste con el episodio del desierto, que los que comieron el *maná murieron* y, en cambio*, el que come este pan* que él da, *vivirá para siempre*. Así como el alimento y la bebida de cada día nos aseguran la vida, de modo similar el *pan* y el *vino* transformados en *el cuerpo y la sangre* de Jesucristo nos aseguran de un modo eminente la *vida* en el Espíritu en la tierra y luego *la vida eterna*, porque -como ha dicho- él resucitará *el último día al que come su carne y beben su sangre.* La hierba verde del prado donde están situados los que escuchan esta enseñanza es todo un símbolo de frescura y de vida, en contraste con la aridez del desierto.

Una comida. Una comida esta vez celebrada en torno a la mesa del Señor, del altar de la basílica de Montserrat. Somos espiritualmente descendientes del pueblo que comió el *maná* en el desierto y de los oyentes de Jesús que creyeron en él después de que les explicara el significado de la multiplicación de los panes. Por ello, reunidos en torno al altar, hemos escuchado con alegría y con agradecimiento el evangelio de hoy. Todo él es una catequesis sobre la Eucaristía, que la Iglesia nos presenta con una connotación especial en esta solemnidad del Corpus. Con las palabras *el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo*, Jesús nos anunciaba, además, la dimensión redentora de su muerte y la presencia activa de esta redención cada vez que celebramos su memorial.

Jesucristo ha *bajado del cielo*, enviado por el *Padre*, y luego volvió a subir al *cielo.* Pero concede a todos los que se adhieren a él por la fe y por la participación en el sacramento de la Eucaristía, compartir con él la vida celestial que él tiene en plenitud, cada vez que comemos su *carne* comiendo el *pan* eucarístico, al tiempo que les es prenda de resurrección para que puedan disfrutar de la *vida eterna*. Hoy de una manera particular, se nos invita a acoger con fe el cuerpo eucarístico del Resucitado y a entrar en una relación íntima con él, para corresponder a su amor, para amar como él ama, para adorar su divinidad presente en la humildad de los signos sacramentales.

Para *tener en nosotros* la vida de la que hablaba Jesús, pues, hemos de entrar en comunión con él y, a través de él, con el Padre. Es un intercambio hecho de conocimiento y de amor mutuo que, gracias a la obra del Espíritu Santo, podemos vivir ya ahora, pero que está destinado a ser para siempre. En el tiempo presente la comida eucarística es el momento fuerte de vivir esta comunión, anticipación del encuentro futuro.

Todos los seres humanos tenemos hambre a nivel espiritual; hambre de bien, de verdad, de amor, de vida. Un hambre que sólo puede satisfacer la palabra de Jesucristo. Y acoger su *palabra* significa, también, trabajar por la justicia que hace posible el alimento material. La acogida de la Palabra de Dios y la participación en la comida eucarística que Jesús ofrece a todos los que creen en él, nos debe llevar a superar la división entre ricos y pobres, entre los que disfrutan del bienestar material y los que no tienen lo necesario para vivir con dignidad. El *pan* espiritual que encuentra el creyente en Cristo lleva a trabajar para que todos puedan tener el pan material.

Un comida. Una comida eucarístico que celebramos en Montserrat. Pero que nos abre horizontes. Porque la Eucaristía, la solemnidad de Corpus mismo, nos urge a ser constructores de comunidad en nuestro entorno más cercano, empezando por la familia, los vecinos, por aquellos con los que convivimos a nivel de pueblo o de ciudad. Somos -tal como se nos recuerda en el Día de la Caridad- "llamados a hacer comunidad". Y esto quiere decir vivir la solidaridad concreta, compartir con quien lo necesita, crear vínculos de comunión entre unos y otros. Por eso somos invitados, a nivel diocesano, a participar en una colecta -que haremos después de la misa- a favor de Cáritas, para que la participación en el cuerpo y la sangre de Cristo sea fuente de comunión y de amor hacia los demás. Es una manera concreta de poner en práctica la enseñanza de San Pablo en la segunda lectura: *todos nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan.*

Un comida. Una comida que toma cada uno pero que nos une estrechamente a los demás que también la toman. Para participar de ella, salimos al encuentro del Señor presente en la Eucaristía. Lo podemos hacer porque antes él ha salido a nuestro encuentro al hacerse hombre, al dejarnos su *cuerpo* y su *sangre*. Salimos al encuentro del Señor con nuestra fe vacilante, con nuestras zonas de desierto interior, con nuestra debilidad, con nuestros interrogantes, con nuestro amor torpe, necesitados de consuelo y de vida en el Espíritu. Y el Señor viene a nosotros en la Eucaristía para que establezcamos con él una relación de amor. Se ha quedado en el sacramento a favor de los pecadores que buscan la salvación. A favor de los sedientos en el desierto del mundo que desean participar de su vida en plenitud.

Lo agradecemos con todo el corazón y le alabamos, mientras nos disponemos a participar de la comida eucarística que nos es ofrecida.